

# Prólogo



## PERDIDAMENTE

**N**o es porque lo anticipe a su modo Hegel, y lo diga con él Derrida, pero «un prefacio es el lugar de una conversación exterior a lo mismo de que pretende hablar» y «la expresión filosófica tiene como esencia poder y deber prescindir del prefacio». «Pero como todo prefacio, éste, en puridad, no habrá podido escribirse más que a posteriori. Es *en realidad* un postfacio». Escrito desde el final, cuanto aquí quepa decir es ya una lectura que, a su modo, tanto sobra como, quizás también a su modo, forma parte de lo que se encuaderna como libro. Perdón, por tanto, por esta incorporación, la de este escrito intruso. Tal vez con ello todo resulta tan «moderno» como esas conversaciones que se añadían a ciertos libros, como reflexiones, refutaciones o consideraciones que acabarían constituyendo la vida del propio texto. O como los «avisos al lector» que hacían tanto de preludio, como de aperitivo. Todo, en definitiva, para decir que lo que aquí se escribe, una vez entregadas y leídas las palabras del libro, hace que lo creado por ellas sea la condición para que puedan decirse. Sin este prólogo, proemio o aviso previo, habría libro. Sin todo lo demás, no cabría lo que en este escrito se trata de decir. Gracias por tanto a lo que me hace decir, a lo que me da que decir, y gracias por la alegría de permitirme decirlo.

## NO ESTAMOS SEGUROS

Resultaría más adecuado no pluralizar, pero si un texto se edita es para compartir alguna posición. Y no estamos seguros a pesar de que todo parecería haberse concebido para que lo estuviéramos. No estamos seguros, ni de noche, ni de día. Buscamos certezas que nos aseguren, nos confirmen, nos ratifiquen, nos garanticen que al conocer, o al decir, salimos reforzados. No es preciso citar a Descartes. Él está en lo que nos permite escribir implicándonos. Y, a pesar de tantos himnos a la incertidumbre, tantas loas de la duda y tantos elogios de la perplejidad, tenemos tendencia a la tierra firme, aunque sea tan porosa, tan arenosa, como la del pensamiento. Y desde ahí nos desenvolvemos con cierto arrojo, con arrojo cierto. Decimos ser valerosos, pero tras múltiples vericuetos, tras recrearnos en la osadía y en la aventura, tras gozar de lo inconcluso y de lo fragmentario, tras visitar por un momento, como nómadas de mañana festiva, los arrabales de nuestra consistencia, retornamos a ella con la convicción de que así, suficientemente aireados, estamos renovados para proseguir nuestras asentadas tareas. Deliberamos y decidimos en el seno de lo discutible, pero nos afianzamos en el discurso razonable, que ya es un paso para persistir en nuestras certezas. No estamos seguros y quizá deseamos estarlo. Al menos, más. Tal vez lo necesitamos, aunque también tanta certidumbre nos atemoriza.

Sin embargo, nos encontramos con un texto que nos convoca a atrevernos, un texto que nos hace decir: «seamos arriesgados, corramos el riesgo..., pongámonos en apuros». Quizás hasta llegar a ser, como Heidegger nos invita, «más arriesgados que la propia vida». El presente libro es y quiere serlo. Y lo logra por el camino más adecuado, por el de la escritura que no siente incomodidad por el decir poético y que es capaz de hacer lo que dice. O mejor, que alcanza otra incomodidad, la de la palabra justa y efectiva. Y entonces no hay pura transparencia.

Pero no porque se esconda algo. Aléjense los amigos del resplandor, los que desean vivir en la plenitud de la luz donde tarde o temprano, como bellamente nos recuerda Platón, los ojos «se hacen chiribitas». Pero no estamos ante un texto que se regodea en las penumbras. Busca transitar lejos de los firmes sustentos que vienen a ser tentáculos para la comodidad. También en la noche aletean los alivios.

## NOS ENCONTRAMOS PERDIDOS

Y tal es la paradoja. Sólo así nos encontramos. Semejante plural es ya otro, el de la necesidad de una compañía, siquiera la de uno mismo, a la que sólo se accede no echados a perder, lo que ya supondría una cierta base, sino perdidos, que no es, sin más, extraviados. Este texto perdido se vincula así a otros que deambulan en estantes y librerías, en bibliotecas fantásticas, o que se pierden en el murmullo incesante de miríadas de sucesos sin fijación. Y se pierde con sencillez, serenamente, como una figura en el horizonte, porque ya estaba perdido antes de perderse, esto es, antes de encontrarse... perdido. Tal vez por ello es un libro de palabras que persiguen decir, de palabras que quieren ser realmente palabra. Porque, pese a lo que se diga, la palabra que destella en el decir poético, la que viene a ser poesía, dialoga con Antonio Gamoneda para subrayar que si la literatura es ficción y la poesía realidad, la ficción no es un fingimiento, una desviación, sino un modo de ser de la verdad. Esta verdad otra que no se dice con certeza atraviesa todo el texto hasta dejarnos literalmente perdidos. Sólo tal vez por estarlo podemos ya entregarnos a una experiencia, la experiencia de los límites del lenguaje, la experiencia que el lenguaje hace de sus propios límites y que llamamos *literatura*.

## SOMOS INCOMPATIBLES

No tanto ni sólo entre nosotros. Aunque ese «entre nosotros» constituya nuestra amistad y, si se tercia, nuestro amor. La incompatibilidad a la que el texto nos refiere es la que hay entre nuestras vidas. Y, en definitiva, de eso se trata en la literatura. Afirmar que uno vive para ella, o que es su forma de vivir, dice de vivir una vida literaria, o incluso de vivir la propia vida gracias a la literatura, pero sólo perdidos viviremos por ella, estaremos para ella, como sólo se está por alguien o *por y para* la muerte, que es en lo que consiste gozosamente vivir como un mortal. La incompatibilidad no es, por tanto, la que parecería darse entre la vida y la muerte que por cierto tanto se necesitan, sino entre el vivir y nuestra propia vida. Así estamos, sin acabar de vivir. Y así, en algún sentido, preferimos proseguir. Por eso, para atenderla, se precisa una concreta escritura, que no es, y resulta atractivo que no sea así, la de un relato o la de una narración. Por lo que parece sucederle a una determinada caracterización del lenguaje, esto nos ocurre tanto que sólo esfumados, borrados, perdidos, podemos en verdad decir. Y decir «poéticamente hablando». Pero entonces comprendemos por qué una suerte de silencio ha de acompañar toda palabra. Nuestra proliferación discursiva es incompatible con la sencillez de la palabra dicha, de la palabra dada. Y una sencilla austeridad y alguna brevedad de este libro nos convocan a frasear poco a poco, sorbo a sorbo, como prosaico decir incipiente de versos por venir, como substantivos que sólo tienen substancia cuando llegan a ser verbos o incluso, en la máxima entrega, adjetivos. Venir a ser maravillosamente adjetivo es otra forma afectuosa, emotiva, de perderse para permanecer como resultado de un quehacer poético. Y ello obliga a considerar lo silencioso.

## DECEPCIONADOS

Alguien ha señalado que conviene defraudar pronto, que no es cuestión de ofrecer expectativas, que ello no hace sino representar lo que queremos que llegue. Se trata, más bien, de esperar, de aprender a esperar, de saber esperar. Y no basta limitarnos a hacer preguntas. Es indispensable cuestionarnos. Y desquiciarnos. Explicarnos o hacernos comprender se torna así, en cierto modo, inviable. Salvo quizá si alcanzamos una escucha capaz de atender lo que no hay manera de decir sino en el modo de algo perdido. Perdidos nosotros y perdido lo dicho, deambula sin embargo navegando como sólo un cántico es capaz de hacer. Y como sólo un oído cordial, enfermado de la misma enfermedad que tanto se parece a un exceso de salud, podría llegar a sentir, seducido por una palabra sin voz de sirena. Lo que se dice resulta tan literal como la propia literatura, tan capaz de recibir sentido como un texto, tan susceptible de ser querido como alguien frágil, sin debilidad. Ya se nos dice en este lugar que nos encontramos con textos decepcionantes, porque sugieren otros modos discursivos y, sobre todo, no buscan ni la compasión ni el miedo, que no es lo que deseamos provocar. Pero *decepcionantes* no significa que no sean pertinentes y magníficos. Precisamente porque aceptan decepcionar nos abren a aspectos inauditos, tan inesperados que desconciertan a la propia espera.

Es Platón en *Lisis* quien nos recuerda que un poeta es un «artífice de tramas más que de versos», pero ello no significa necesariamente que hayamos de llegar a confeccionar intrigas, como la *Poética* de Aristóteles nos invitaría a hacer. Tramar sin intrigar nos libera de hacer narraciones. Y entonces el texto se encuentra con nombres, variados, múltiples, conocidos o reconocidos, que pueblan y atraviesan estas páginas y cuya aparición no precisa necesariamente de singulares introducciones o puestas en escena. No irrumpen histórica o temporalmente, ni precisan presentación. Más bien conviven en un mismo espacio con

la misma naturalidad que los personajes de un texto literario. Son numerosos y en general bien apreciados. Hacen y se van. No siempre dicen con palabras ni tratan de enlazar y entrelazar para dar consistencia a lo que no lo busca ni precisa. A veces son nombres, sólo nombres. Con su sola mención mueven nuestros afectos y reabren lo que quizás aún sentimos. Vienen a ensamblar lo dicho, más que a buscar su recreación. Y se nos ofrecen como elementos que tejen o destejen un texto que no persigue ser tramado. Quizá por ello este texto, al que un poco convencionalmente llamaremos *libro*, se deja leer, sin por eso perder su exigencia. Y así todos estos nombres, sin ser propiamente personajes, devienen cómplices de la literatura, de la literatura otra, de la otra literatura, la que se halla perdida para sí misma porque no está sujeta a las rigideces de lo más convencional. O tal vez porque lo que aquí se destila no es simplemente la acción de leer, sino la palabra extraordinaria y pertinentemente perdida de una lectora. Perdida como alguien está perdido por alguien, perdida por la literatura, para ella.

Semejante modo singular de cuidarse, de decir de verdad, que es escuchar no sólo lo que otros dicen, sino lo que se dice a su través, en su desvarío, hace que finalmente la escritura de este libro haga de su primera lectora una viajera sin destino. Sin destino fijado, pero con singular destino, el de la escritura que adopta la forma espléndida del amor a la lectura de una cultivada lectora. Se dijo que la más interesante de las bellezas es la de dar belleza a la propia vida y aquí se muestra la belleza de una vida de lectora, la belleza de una decisión, la de quien escribe como la lectura escribe, la de una escritora entregada a la acción de leer.

## PERDIDOS POR LA LECTURA

Y así, aunque una voz solitaria recorre el texto, es la voz que busca la complicidad y la compañía de la palabra, de las palabras dichas y



por venir. De este modo, con otros, con otras, la pérdida no es la ausencia de los otros, es la complicación en una pasión común y compartida, un amor que es más la búsqueda que la posesión. Y esa palabra que literalmente se persigue a sí misma a través de las palabras es literatura siempre por venir. Como lo es el otro, los otros, o alguien que no cesa de llegar, tanto que no acaba de hacerlo. Por eso la conversación que el libro vislumbra tiene tantas dificultades, porque precisamente consiste en una cierta inviabilidad, en una búsqueda incesante, en un ir y venir fecundos pero sin reposo, sin conclusión. Y con ello nos resentimos nosotros mismos, extraviados sin nombre como lectores en las páginas elegantes de este texto en el que gracias a la entrega de una lectora, por fin podemos darnos a la literatura que no es sólo un canon de libros. Ya no viviremos sin ella, como quizás hace tiempo aprendimos que resultaría inviable. Y tal vez lo aprendimos filosóficamente, por este amor y pasión que la Filosofía siempre es. Como alguien también dijo, hay libros que animan no sólo a leer. Y a hacerlo en la forma de una reescritura, la que borra el prólogo, elude sus avisos, no se satisface con el aperitivo y con él persigue y prosigue hacia lo que esta generosa lectora nos invita a hacer, a perdernos, quizá con ella, *por* y *para* la literatura.

Así que no está garantizado que una aproximación o una inmersión en los textos en los que la literatura existe nos afiance frente a la intemperie. Al contrario, la literatura habita la superficie, es superficie. Y precisamente por ello podemos hablar de una lectura y escritura de sí. La lectora escribe.

Este libro, si así convenimos en llamarlo, aunque huye de ser reducido a serlo, si bien abraza resignado su formato, está, en efecto, escrito por una lectora. Siempre escribir es leer un libro aún no escrito y quizás en ello consista eso que llamamos tan problemáticamente *ser autor*. No basta con leer mucho, aunque aquí se constata que es extensa la acción. Pero a la par es intensa y cuidadosa. Y no se ha leído para poder escribir un texto. Más bien, éste nace de la concepción fecunda del leer que

alumbra una tensión que sólo puede ser efectiva escribiendo. Los libros en la mesilla, acercados al calor del lecho, se ofrecen siempre como un duermevela pleno de lucidez y de sueños. Y todo indica que la filosofía, el ensayo, la poesía, la novela son literalmente su literatura. Y todos los afectos destellan en cada frase, que se nos da íntegramente.

## PERDIDA PARA LEER

Es significativo que la relación que aquí se aprecia entre nuestra lectora y la literatura sea tan radicalmente filosófica. La lectora ha escrito un texto en el que destellan los aspectos más nodales del pensar contemporáneo, que en su realidad no deja de ser clásico. No se trata de que haya escudriñado asuntos filosóficos en los textos literarios, es que lo que resulta filosófico es su propia lectura, su mirada, su consideración, porque trata a los textos como la literatura se trata a sí misma. Este espíritu filosófico no es sin embargo una tergiversación de lo más literal de la literatura. Al contrario, la literatura se pliega sobre sí, porque si se contempla con afecto y competencia, es en definitiva en lo que ella misma consiste. No busca remitir a algo exterior, su alusión es a lo que la desborda, no a lo que la bordea. Por ello, sólo una lectura atenta puede en rigor reescribirla, es decir, proseguirla.

Esta lectora perdida ratifica su condición de lectora al perderse apasionadamente en la literatura, que es donde en realidad se encuentra. Y se encuentra perdida. Nunca despistada, nunca aturdida, nunca deambulando al socaire de novedades o actualidades. Al contrario, en esta pérdida se vinculan rizomáticamente su propia singularidad y nuestro propio presente. Y así se muestra una doble distancia, la de la lectora respecto de sí misma y la del presente fracturado. Y semejante quiebra deja sus huellas en todo este libro, hasta el punto de que en rigor le

impide mostrarse con la arrogancia de alguna supuesta plenitud. Sólo sencillamente dice, sólo sencillamente se escucha.

Quizás entonces el prólogo diluido es la máxima expresión, en su carácter eludible, de la generosa difuminación de la lectora incorporada en su propio texto. En su desaparición, la filosófica relación deviene literatura. Y tan perdida por la literatura acaba siendo tanto para ella, que en tanto que lectora es ya texto vivo. Como una buena flecha perdida, atina siempre en un blanco que jamás le pertenece. Y produce efectos. En esta ocasión, literalmente, de gozo.

#### PERDIDAMENTE GOZOSA

Empecemos por subrayar lo que Clément Rosset señala de la *beatitud* como gozo y dicha de vivir, que es quizá la máxima expresión de una adecuada sabiduría. A ella no siempre se accede a través del acopio de conocimientos, pero tampoco es cierto que sea preferible darles la espalda para lograrla. También la filosofía es un saber y un modo de saber y no es menos cierto que la literatura nos ayuda a saberlo de una determinada manera. Tanto que viene a ser algo otro, sin que por ello se agote la relación entre ambas. Una vez que la felicidad nos pareció un poco excesiva, lo cual no significa que no soñemos con ella, más bien parecería que se trata de lograr estar contentos. Para lograrlo es conveniente, aunque no suficiente, disfrutar. Antonio Muñoz Molina señala que eso asimismo se persigue y, en algún modo, se aprende. «El buen lector es caprichoso, pero también ecuánime. Disfruta mucho algo y a continuación o simultáneamente disfruta igual lo que parece lo contrario. Disfruta el desvarío y el rigor de la ficción y disfruta la sensatez y el caos de los relatos crudos de la vida. Lo que quizás nunca haga un lector verdadero es no disfrutar». Aprender a disfrutar no siempre es fácil. En cierto modo se

aprende a disfrutar disfrutando, como se aprende a nadar nadando y a leer, de verdad, leyendo. Y si estar contento implica una cierta armonía entre la forma y el contenido, casi sólo se puede ser buen lector si la forma es el automovimiento del contenido y no deviene continente, recipiente, como ocurre a quien lee devorando el contenido, con indiferencia de la forma, hasta padecer de una indigestión, a la que algunos llaman «ser buen lector»: «lee mucho», dicen. Ni es el caso de nuestra lectora, que es tan suya que, aunque lo hace, ya elige cuidadosamente cómo serlo. Por eso es interesante descubrir qué lecturas la han conducido a estas posiciones y, aún más, de qué modo las lee. Y esta forma de leer es, en gran medida, un oficio filosófico, lo que algunos llamarían, un poco pretenciosamente, «su filosofía».

Quizá se malentendiera si se dijera que la filosofía de esta lectora es disfrutar, pero no resulta desatinado si consideramos la exigencia y el estoicismo que se requiere para una posición que no se reduce al epicureísmo. Su disfrute tiene algo de ascético, como la ascesis puede en verdad resultar placentera. Este modo de considerar la incorporación del deseo al placer está radicalmente presente en semejante modo gozoso de leer. Y es muy exigente.

## NO NOS TENDREMOS NUNCA

Si efectivamente, de la mano de Paul Ricoeur, podemos indicar que «la vida es un relato en busca de narrador», nos encontramos aquí con un prólogo en búsqueda de lector. En cierto sentido, él es ya una lectura, y suele ocurrir que demanda, como mendigo, ser leído. Todo el texto es la búsqueda de la manera en que nos tenemos a nosotros mismos, con la sospecha de que quizás eso no llegará jamás a ocurrir. Al menos, no nos tendremos nunca del todo. Si la única seguridad que pretendemos es la

de una efectiva posesión, la de una percepción adecuada, sólo nos queda reconocer que nunca nos veremos en el modo en el que el mirar pretende. Tal vez podamos aprender. Pero ello supondrá la necesidad de escribirnos. Este prólogo es una forma de hacerlo. Busca inscribirse a pie de página, al margen, en otro lado que aquel «Prólogo con un prólogo de prólogos» en el que Borges antecede lo que nunca está clausurado, lo que existe en el modo de su falta de realidad. Y así, la lectora es en efecto una pregunta por ¿quién lee?, una pregunta por ella, por su *quién*. Y una sospecha, la de que la atisbaremos en los textos que ya conforman su identidad, como jirones de una vida, esos textos clásicos que vestían no ya la superficie, sino que eran epidermis, textos que hacían lo que aquí ocurre, que la lectora se entregue en una comunidad de lectores y de lecturas. Es su «sacrificio», el que adopta la forma de la literatura. Sin ella, nunca se alumbraba el don de la lectora. Sin literatura no hay lectora que valga. Sin lectora perdida no hay literatura.

Y puesto a perderse, el propio prefacio ya ni siquiera se reduce a ser postfacio. Ni anticipación ni recapitulación, ni suple, ni resume, ni califica lo que el texto que sigue nos entrega. En cierto modo, su destino es también perderse como lectura que viene a ser escritura. El prefacio, al fin perdido, queda así escrito. Y tanto, que ni siquiera aún acaba de llegar. Se insinúa seducido por la lectora. De ahí lo atractivo, la atracción, del texto.

ÁNGEL GABILONDO PUJOL